

PAN Y CINE

Luis Adolfo Domínguez / Facultad de Filosofía y Letras

La frase aquella de que al pueblo hay que darle pan y circo es absolutamente inoperante ahora; es claro que se le puede llamar circo a muchas cosas, pero en estricto sentido, para mantenernos a la altura de la época habría que hablar de pan y cine, porque ambos se precisan en dosis respetables, y a menudo se combinan para darse al pueblo como satisfactores inapreciables y de aceptación inmediata.

En materia de cine es mucho lo que puede escribirse; por tratarse del arte más nuevo, hay ya demasiadas personas dedicadas a estudiarlo; en cambio, el cine como fenómeno social está todavía insuficientemente explorado, y en ese sentido es necesario aportar algo, aun cuando sea con toda la modestia del caso.

En primer lugar, hay que tomar en cuenta un detalle interesante en lo que se refiere a los productores de películas, y es su intención para acercarse al público. Esta intención tiene a veces características muy claras, que podrían ser consideradas como de un marcado sabor nacional. Así, vemos que el productor norteamericano hace sus filmes con la mira de atraer a las salas a un público deseoso de poner el cerebro en blanco y divertirse con la lujosa escenografía y la música y los escotes de Liberace, en tanto que el productor francés busca que las sa-

las se llenen de un público blanco, que salga con el cerebro deseoso de escenografía y escotes, aunque sea sin música.

No puede ignorarse, pues, que los directores y productores tienen cierta intención al realizar las cintas, y el caso reviste caracteres especialmente dramáticos al hablar de películas mexicanas que, evidentemente, no van dirigidas a ningún público, y si alguno tienen es por mera coincidencia.

El inexplicable fenómeno de que haya público que asista a un cine a ver un filme en el que aparece Fernando Luján haciendo el papel de un *cow-boy* vampiro, * sólo tiene paralelo con el singular denuedo con que los productores españoles realizan infatigablemente *La verbena de la paloma*: ambos casos son excelentes ejemplos de tenacidad y paciencia, demostradas reiteradamente desde los principios mismos del arte cinematográfico.

Pero por el momento éstas son simples digresiones, y ya en el terreno del cine, es indispensable investigar un poco lo que se refiere al público y a las salas cinematográficas. Para esto no es posible generalizar a ciegas, sobre todo teniendo a la mano la

* Para la filmografía nacional, se trata de *Pueblo fantasma*, con Luján, Julissa, un muchacho De Anda y Mario Alberto Rodríguez.

facilidad de experimentar y observar, tan caras al método científico.

Los lugares que exhiben películas mexicanas adquieren una fisonomía inconfundible. A ellos va la raza de bronce, pura y espontánea; la que acude a conmover sus sencillos corazones con los embates de la adversidad sobre la inmovible proa del navío que es el amor de una madre; la que sufre al ver que en la cantina de la esquina de su casa está dejando sus mejores años un hombre íntegro; la que —I-iñor— se trueca los dedos al ver el empecinamiento con que un hacendado niega al muchacho —que canta bonito— la mano de su orgullosa hija (del hacendado, claro).

Los comestibles obligados, que son el pan correlativo del circo, son pepitas y otros productos sin *Marca Ind. Reg.*, y la bebida: peccicola.

Otra manifestación de la socio-cinematografía es el cine-club, que aporta datos valiosísimos y muy particulares sobre el ser humano. A estos sitios concurren los intelectuales:

—He visto ocho veces *Hiroshima mon amour* y no le he entendido nada, pero las dos últimas ya no me dormí.

Intelectualoides:

—Después de todo, el lesbianismo es un humanismo.

—Socrático, claro.

—No me hables de Sóplates.

Snobs:

—Es que *Hiroshima* viene a ser el afloramiento de la subjetividad misma, y de otras presencias que husmean y palpitan en la oscuridad; de los hígados y los intestinos y los corazones que acompañan el latir de los míos...

Curiosos:

—Podemos hablarles, y si resulta que son muchachas, las invitamos a tomar un café.

—Pero si no son, van a querer que se los invitemos.

Poetas ocasionales:

—Pobre del hombre que nace mujer; más le valdría darse un tiro por doquier.

Chicas invitadas:

—Mañana mismo voy a cortarme el pelo: ya parezco hombre.

Los dos tipos de cine ya citados no corresponden al cine comercial propiamente dicho, que es más bien el representado por la mayoría de las salas de exhibición, que buscan tener siempre películas que atraigan a un público más numeroso y, se supone, con mayor potencia económica. Dentro de este renglón pueden citarse tres tipos de salones:

Serios. Son aquellos a los cuales van generalmente los adultos, muy adultos, porque los filmes no tienen atractivo alguno para otro tipo de público. Aquí encajan muy bien las películas de Sarita Montiel, los dramones de hechura extranjera, las óperas filmadas, las vidas de toreros y las de músicos famosos; también caben aquí muchas superproducciones italo-argentinas, anglo-germanas, hispano-vaticanas y franco-tiradoras.

No puede decirse que abunden las salas de este tipo, ni las películas tampoco, pero tienen su público; la mejor prueba de ello es que siguen funcionando el Metropolitan y el Arcadia.

Picarescos. Son los que exhiben películas exclusivamente para adultos y se llenan de adolescentes. Las cintas a verse son: *Cualquier cosa a la italiana*; *Las jóvenes desenfrenadas*; *Deseo estuprefaciente*; *Adolescentes obsolescentes*; *Pasiones interceptadas*; *Blanca Nieves y los siete enanos*, y otras por el estilo, o sea, películas cuyos títulos sean sugestivos y con frecuencia, sus desarrollos totalmente inocentes.

De estas cintas, que generalmente son buen negocio, hay muy claros ejemplos, y para exhibirlas no existen salas determinadas, porque en general van cambiando y aparecen en la mayor parte de los cines de la capital.

Ingenuos. Se especializan en pasar películas propias para todo público, y éste por lo regular tiene cuidado de no pararse por ahí. Hay ocasiones en que se mantienen largo tiempo en cartelera, debido al éxito de taquilla, pero esto no es muy común que suceda. La mayor parte de los filmes de

este tipo provienen de los estudios de Walt Disney —entendiendo por estudios el lugar donde se filma—, o por lo menos se busca que tengan una ñoñez equivalente. En estas mismas salas se presentan frecuentemente películas de aventuras, de crímenes, de vaqueros y, obviamente, de James Bond, debido a la cercanía que todas ellas guardan con Walt Disney.

El aspecto de la alimentación, en los tres tipos de cine, es absolutamente uniforme; los serios venden más bombones y pistaches, pero ambas cosas están también en los picarescos y los ingenuos. En estos últimos, además, se consumen varias toneladas diarias de palomitas de maíz.

Fuera de esta breve revisión ha quedado solamente otra manifestación del gregarismo cinematográfico, que tiene una importancia enorme, como cualquiera puede ver: es el autocinema.

La razón de la existencia de un sitio en el que uno pueda meterse con todo y coche a ver mal, y oír peor, una película, hay que buscarla en distintas causas. La primera de ellas es que el autocinema permite una libertad mayor que el cine normal, y las gentes pueden sentirse como en su casa, porque después de todo, el coche es una prolongación de la personalidad. En esas condiciones, puede uno ir al autocinema como a su habitación, y recogerse.

El recogimiento es importante, pero hay más: la ropa. Aunque no es preciso ir muy elegante al cine, siempre tiene uno que ponerse algo más o menos presentable; al autocinema se puede ir en bata de baño si se quiere, y ya dentro, con tener el radio puesto basta.

Las películas del autocinema prácticamente nadie sabe cuáles son, y si se tiene la ingenuidad de ir porque hay un buen programa, de filmes, por supuesto, los encuentra tan cortados que no se entera de nada, y lo peor es que se da cuenta de que los demás ni se enteran de que había algo de qué enterarse y no se están enterando.

Los hábitos alimenticios pueden ser más o menos curiosos en cuanto se habla de cine, pero en los auto-

cinemas sobrepasan toda descripción: desde las enchiladas hasta los *hot-dogs*, todo está permitido, pasando por los chocolates, pasteles, bebidas alcohólicas, leche malteada, *shiz kebab*, chongos zamoranos, etcétera.

De cuanto hemos visto se desprende que el cine es un formidable espectáculo, que el público mismo contribuye a tipificar, pero además, es justo reconocer que ese espectáculo se ha diversificado lo bastante como para tener algo que ofrecerle a todo tipo de espectador, lo cual no deja de ser un mérito y un esfuerzo que se ve recompensado por miles de gentes que se pasan una tarde por semana haciendo cola para ver una película, que a la postre lo único que les produce es indigestión, por todas las porquerías que estuvieron comiendo.

La ancestral costumbre de tener pan y circo al mismo tiempo sigue, pues, vigente, y el peligro es más grave ahora, que a los productores les ha dado por hacer películas de cuatro horas.

